

ESCRITOS DOCTRINALES

Y

HOMILIAS

DE MONS. ROMERO

(FRAGMENTOS)

FRAGMENTOS DE CARTAS PASTORALES
DE Mons. OSCAR ARNULFO ROMERO
ARZOBISPO DE SAN SALVADOR

**("La Iglesia, Cuerpo de Cristo en la historia", 2da. Carta Pastoral de
Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador
6 de agosto de 1977)**

Está en el mundo

... c.- La Iglesia actual tiene conciencia de ser "Pueblo de Dios en el mundo"; o sea, una organización de hombres que pertenecen a Dios pero que está en este mundo. Por eso el Concilio define la Iglesia como "nuevo Israel que va avanzando en este mundo... que entra en la historia humana" (L.G. 9).

Lo que aquí se afirma es de importancia capital, porque el aspecto trascendental que debe elevar la Iglesia hasta Dios sólo podrá realizarlo y vivirlo estando en el mundo de los hombres y peregrinando en la historia de los hombres. Por eso el Concilio proclama solemnemente, al comenzar su famosa Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual: "los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son, a la vez, gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no

encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres, que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de salvación para comunicarla a todos. La Iglesia, por ello, se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia" (G.S. 1).

Al servicio del mundo

Pero la Iglesia está en el mundo para los hombres. Este es el sentido de servicio que el Concilio expresa con estas palabras teológicas: la Iglesia es "signo", es "sacramento". Como sacramento y signo la Iglesia significa y realiza algo para los hombres. La Iglesia significa y realiza "la íntima unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí" (L.G. 1). La Iglesia está en el mundo para significar y realizar el amor liberador de Dios, manifestado en Cristo. Por eso siente la preferencia de Cristo por los pobres (cfr. L.G. 8), porque ellos son -explica Medellín- los que "ponen a la Iglesia latinoamericana ante un desafío y una misión que no puede soslayar y al ver que debe responder con diligencia y audacia adecuadas a la urgencia de los tiempos" (Pobreza Nº 7).

Unidad de la historia

Para comprender mejor su relación con el mundo, la Iglesia ha profundizado también este otro concepto: la relación que existe entre la historia de los hombres y la historia de la salvación. Durante muchos años nos hemos acostumbrado a pensar que la historia de los hombres, sus gozos y tristezas, sus logros y fracasos, son algo provisional y pasajero, de poca importancia en comparación con la plenitud final que espera a los cristianos. Parecía que la historia de los hombres y la historia de la salvación corrían caminos paralelos que sólo en la eternidad se juntarían. Parecía que nuestra historia profana,

a lo sumo, no era más que un período de prueba para la salvación o condenación definitivas.

La Iglesia actual tiene otra noción de lo que es la historia de los hombres. No es oportunismo ni mero deseo de adaptarse al mundo lo que la lleva a pensar diversamente. Es porque ha recobrado eficazmente la intuición, que recorre todas las páginas de la Biblia, de que Dios está actuando en la historia humana. Y por eso, debe tomar muy en serio la historia de los hombres. El Concilio Vaticano II recuerda ciertamente el sentido tradicional de una Iglesia peregrinante hacia "la ciudad futura y permanente" (L.G. 9), pero al mismo tiempo "descubre fielmente en el mundo, el misterio de Cristo, aunque entre penumbras, hasta que al final de los tiempos se descubra con todo esplendor" (L.G. 8).

Más claramente afirma Medellín la unidad de la historia. "La catequesis debe manifestar la unidad del plan de Dios. Sin caer en confusionismos o en identificaciones simplistas, se debe manifestar siempre la unidad profunda que existe entre el proyecto salvífico de Dios, realizado en Cristo, y las aspiraciones del hombre; entre la historia de la salvación y la historia humana" (Cateq. nº 4). El anhelo de liberación de nuestro continente e incluso las parciales realizaciones de esa liberación integral, de cuerpo y alma, es un claro signo de la presencia de Dios en la historia (Introd. nº 5).

Con estas afirmaciones, Medellín pone fin al secular dualismo que ha existido entre nosotros, a la separación entre lo temporal y lo eterno, lo profano y lo religioso, entre mundo y Dios, entre historia e Iglesia. "En la búsqueda de la salvación debemos evitar el dualismo que separa las tareas temporales de la santificación" (Justicia nº 5).

... denuncia el pecado

Jesús realizó su misión, su predicación y su servicio a los hombres, en un mundo y en una sociedad concreta. Ese es el más profundo significado de lo que los cristianos afirmamos, al hablar de la encarnación del Hijo de Dios: tomó carne en la historia real de su tiempo. Aquella historia, como tantas otras historias de la humanidad, estaba dominada por el pecado; y por ello Jesús, al positivo anuncio del Reino de Dios, añade la clara denuncia del pecado de su tiempo. Si lo que Jesús anuncia es el Reino de Dios, pecado es para Jesús todo aquello que impida, imposibilite o destruya el Reino de Dios. Por ello, con la valentía de un hombre libre, denuncia el falseamiento que se ha hecho de Dios, manipulando en tradiciones humanas que destruyen la verdadera voluntad de Dios (Mc 7,8-13), denuncia el falseamiento del templo, que, siendo casa de Dios, lo han convertido en guarida de ladrones (Mc 11, 15-17), denuncia una religión sin obras de justicia, como en la conocida parábola del buen samaritano (Lc 10,29-37). Denuncia también la actitud de todos aquellos que han hecho del poder, no un medio de servicio a los desvalidos y sin poder, sino una manera de mantenerles en la opresión. Por ello acusa a los ricos de no compartir su riqueza (Lc 6,24); a los sacerdotes, de poner cargas intolerables (Lc 11,46); a los sabios, que se han llevado la llave de la ciencia, y dejan sin cultura a los demás (Lc 11,52); a los gobernantes, que buscan su propio provecho y no el servicio de su pueblo (Mt 20,25ss).

Estas denuncias le ocasionaron a Jesús frecuentes polémicas ya desde los comienzos de su vida (cfr. Mc 2,1-3), riesgos personales e incluso la persecución. Esta persecución lo acompañó a lo largo de toda su vida, hasta que, al final, fue acusado de blasfemo (Mc 14,64) y de agitador de las masas (Lc 23,5) y por ello fue condenado y ajusticiado.

.....

Ni Marxista

Otra forma de acusar de infidelidad a la Iglesia es llamarla marxista. Lo que podemos llamar marxismo es un fenómeno complejo que hay que estudiar desde el punto de vista económico, científico, político, filosófico y religioso, y hay que considerar además al marxismo dentro de su propia historia. Lo que la Iglesia afirma, y lo ha recordado la Conferencia Episcopal, en su Mensaje colectivo de mayo, es que el marxismo, en cuanto ideología atea es incompatible con la fe cristiana. Esa convicción es constante en la historia de la Iglesia. La Iglesia no puede ser marxista en este sentido. El problema real, sin embargo, consiste en que a la tradicional condenación del ateísmo marxista, la Iglesia añade ahora igualmente la condenación del sistema capitalista, al que se denuncia también como uno de los materialismos prácticos (Mensaje de mayo). La Iglesia es bien consciente de que vive en medio de ideologías y prácticas sociales concretas, por ello ha analizado y ponderado lo que se esconde de bueno y malo, de atracción y tentación tanto en las corrientes socialistas como en la ideología liberal (cfr. "Octogesima Adveniens" de Pablo VI, nº 30-37). Pero al auscultar y dar su juicio sobre las diversas ideologías le mueve, en primer lugar, el interés ético propio de su fe, y no tanto el dar juicios técnicos sobre los medios concretos que las diversas ideologías ofrecen. En ese interés ético, la línea de la Iglesia ha sido constante desde León XIII hasta Pablo VI. Aunque se ha formulado de distintas maneras el interés de la Iglesia, siempre ha sido el de defender los derechos fundamentales de la persona en el ejercicio de los bienes materiales para que los hombres puedan vivir con dignidad. Hablando por ejemplo Pío XII de la propiedad privada, apuntaba claramente al problema ético cuando decía: "Querriamos abstenernos de calificar la conducta práctica de algunos partidarios del derecho de propiedad privada que, con su manera de interpretar el uso y respeto a la propiedad, consiguen, mejor que sus adversarios, poner en peligro esta institución" (7-III-

1948).

A la Iglesia, por lo tanto, no le interesa ninguna ideología como tal y debe estar dispuesta a prestar su palabra crítica a la absolutización de cualquiera de ellas. Como se ha repetido abundantemente, en los últimos tiempos y por varios episcopados latinoamericanos, los intereses creados son los que intentan hacer pasar por marxista la actuación de la Iglesia, cuando ésta recuerda los más elementales derechos del hombre y pone todo su poder institucional y profético al servicio de los desposeídos y débiles. Como ha dicho la Conferencia Episcopal de Chile, y lo ha recogido nuestra Conferencia Episcopal: "también es ayudar al marxismo, por cierto sin quererlo, el considerar marxista o sospechosos de marxismo, a todo aquél que lucha por la dignidad del hombre, por la justicia y la igualdad, al que pide participación, al que se opone a la prepotencia" (nº 4).

"Iglesia y organizaciones políticas populares", 3ra. Carta Pastoral de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador y 1ra. de Mons. Arturo Rivera Damas, Obispo de Santiago de María
6 de agosto de 1978

..... Inserción de los esfuerzos liberadores en la salvación cristiana.

Este es el tercer principio que, a nivel fundamental, orienta nuestra reflexión sobre las relaciones entre la Iglesia y las organizaciones populares.

Estas organizaciones son esfuerzos de reivindicaciones sociales, económicas y políticas del pueblo, especialmente de los campesinos. La Iglesia, hemos dicho, alienta y fomenta los anhelos justos, sus reivindicaciones. Pero no estaría completo el servicio de la Iglesia a estos esfuerzos legítimos de liberación si no los iluminara con la luz de

su fe y de su esperanza cristiana, enmarcándolos en el designio global de la salvación operada por el Redentor Jesucristo.

El designio global de liberación que la Iglesia proclama: a) abarcar al hombre entero, en todas sus dimensiones, incluida su apertura al absoluto que es Dios. Va, por tanto, unido a una cierta concepción del hombre... concepción que no puede sacrificarse a las exigencias de una estrategia cualquiera, de una praxis o de un éxito a corto plazo; b) está centrado en el Reino de Dios; no circunscribe su misión al sólo terreno religioso, pero "reafirma la primacía de la vocación espiritual del hombre" y anuncia la salvación de Jesucristo; c) procede de una visión evangélica del hombre, se apoya en motivaciones profundas de la justicia en la caridad, entraña una dimensión verdaderamente espiritual y su objetivo final es la salvación y la felicidad de Dios; d) exige una conversión de corazón y de mente y no se satisface con sólo cambiar estructuras; e) y excluye la violencia, la considera "no cristiana ni evangélica", ineficaz y no conforme con la dignidad del pueblo (cfr. E.N. 33-37).

Si la Iglesia, por apoyar a cualquier grupo en sus esfuerzos de liberación temporal, perdiera esta perspectiva global de la salvación cristiana, entonces "la Iglesia perdería su significación más profunda, su mensaje de liberación no tendría ninguna originalidad y se prestaría a ser acaparado y manipulado... no tendría autoridad para anunciar, de parte de Dios, la liberación..." (E.N. 32).

En cambio, cultivando en el corazón de los hombres la fe y la esperanza de ese designio global de la salvación en Cristo, la Iglesia predica las verdaderas razones de vivir y pone las motivaciones más sólidas para sentirse libre de verdad y para trabajar con serenidad y confianza en la verdadera liberación del mundo. Haciéndolo así, la Iglesia "suscita cada vez más cristianos que se dediquen a la liberación de los demás; a estos cristianos "liberadores" les da una inspiración de fe, una motivación de amor

fraterno, una doctrina social a la que el verdadero cristiano no sólo debe prestar atención sino que debe ponerla como base de su prudencia y de su experiencia para traducirla concretamente en categorías de acción, de participación y de compromiso" (Pablo VI, E.N. 38).

....

Lealtad del cristiano político a su fe

Esto nos lleva a otro problema que queremos plantear con toda sencillez. Para luchar por la justicia en una "organización popular" no es necesario ser cristiano ni reconocer explícitamente la fe en Cristo. Se puede ser un buen político o trabajar bien por la realización de una sociedad más justa sin ser cristiano, con tal que se respete y se tenga en cuenta el valor humano y social de la persona.

Pero los que se profesan cristianos y como tales se organizan, tienen la obligación de confesar su fe en Cristo y de usar, en su actividad social y política, aquellos métodos que estén de acuerdo con dicha fe.

Comprendemos que a veces es difícil deslindar lo que es específicamente cristiano de lo que no lo es, pues también la fe cristiana por ser histórica, debe confrontarse con nuevas situaciones que exigen nuevas respuestas. Comprendemos, por lo tanto, la confusión que puede originar una nueva situación. Pero una cosa debe quedar bien clara: que lo último y absoluto de un cristiano, integrado también en una actividad política debe ser la fe en Dios y la exigencia a realizar la justicia según el Reino de Dios.

Comprendemos también que la actividad política tiende a absorber e incluso a monopolizar el interés de las personas. Es éste un fenómeno normal de entusiasmo humano y de ahí que surja a veces la tensión entre dos lealtades: la lealtad a la fe y la lealtad a la organización. A veces no será fácil vivir esa tensión y aquí también, como en todo lo nuevo, habrá que ir aprendiendo a vivir

en ella. Pero es nuestro deber pastoral, aun comprendiendo las dificultades expuestas, recordar que cualquiera que sea esa tensión entre las dos lealtades, la lealtad definitiva y última de un cristiano no puede ser a una organización por más ventajas que ofrezca sino a Dios y a los pobres que son "los hermanos más pequeños" de Jesucristo.

("Misión de la Iglesia en medio de la crisis del país", 4ta. Carta Pastoral de Monseñor Oscar Arnulfo Romero, Arzobispo de San Salvador 6 de agosto de 1979)

..... Unidad en la "opción preferencial por los pobres"

Esta preferencia por los pobres que el evangelio impone a los cristianos no polariza ni divide sino que es fuerza de unidad, porque "no intenta excluir a otros representantes del cuadro social en que vivimos... sino que es invitación a todos, sin distinción de clase a aceptar y asumir la causa de los pobres, como si estuvieran aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo: "todo lo que hicieren a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, a mí me lo hicieron" (Puebla, Mensaje a los pueblos latinoamericanos nº 3).

Sólo esta opción preferencial por los pobres, entendida evangélicamente, puede ser la clave para esta crisis de nuestra unidad. El Documento de Puebla señala aquí la causa de nuestras divisiones internas: "No todos en América Latina nos hemos comprometido suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos. Su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constante, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres" (Puebla nº 1140).

Y la exhortación que fluye de esta reflexión sobre nuestro pecado de desunión es que hagamos el esfuerzo de

convertirnos a ese ideal común. Pero sería vana una conversión interior, si no es, a la vez, como enseña Puebla, "una conversión radical a la justicia y al amor, a transformar, desde dentro, las estructuras de la sociedad pluralista que respeten y promuevan la dignidad de la persona humana y le abran la posibilidad de alcanzar su vocación suprema de comunión con Dios y de los hombres entre sí" (Puebla nº 1.206).

.....

Una evangelización liberadora

¿Cuál será entonces la evangelización que nuestra Arquidiócesis debe ofrecer al país para que, a través de ella, opere toda la fuerza liberadora de que la ha dotado el Divino Redentor? Reducirla, como queda dicho, sólo a algunos elementos, sería traicionar nuestra misión de Iglesia en una hora en que su contribución debe abrir una esperanza insustituible para todo nuestro pueblo.

En nuestras circunstancias, este peligroso reduccionismo de la evangelización puede hacerse principalmente en dos sentidos: o acentuando sólo los elementos trascendentes de la espiritualidad y del destino humano, o, al revés, destacando sólo los elementos inmanentes de un Reino de Dios que ya debe comenzar en esta tierra.

La evangelización que nuestra Arquidiócesis debe ofrecer, como contribución específica de la Iglesia, a la Patria en crisis, no debe ser víctima de ninguno de los dos reduccionismos, sino inspirarse en las orientaciones equilibradas del Concilio de nuestro siglo, tan claramente presentadas y vividas por los Papas contemporáneos y adaptadas a nuestro Continente por las dos grandes reuniones episcopales de Medellín y Puebla.

Elementos de nuestra evangelización

Bajo esa luz, las sugerencias de nuestras comunidades destacan aquellos elementos de evangelización que más

necesita nuestro pueblo y que, con la ayuda de todos, nuestra Arquidiócesis esta dispuesta a seguir ofreciendo con profundo amor pastoral, a pesar de la persecución y de las incomprensiones. Son los que enumero en los siguientes puntos de nuestra reflexión:

- Una sólida orientación doctrinal.
- La denuncia profética del pecado, en función de conversión.
- Desenmascarar las idolatrías de nuestra sociedad.
- Promover la liberación integral del hombre.
- Urgir cambios estructurales profundos.
- Y acompañar al pueblo en las clases populares y en el sector de las clases dirigentes.

.....